

GUILLÉN BERRENDERO, José Antonio, *La Edad de la Nobleza. Identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2012, 570 págs., ISBN: 978-84-9681-373-1.

En el sustrato, entre lo que no se explicita –aunque ciertos “fogonazos” demostrativos aparecen aquí y allá a lo largo del texto–, de este libro (trasunto libresco de la tesis doctoral defendida por el autor en la Universidad Complutense de Madrid bajo la dirección del profesor Adolfo Carrasco Martínez, quien firma un esclarecedor prólogo) el autor da por supuesto que la definición de noble se plasmaría en lo que se podría denominar una retórica de excelencias positivas que podrían quedar circunscritas, a efectos paradigmáticos, en dos características exaltatorias del estamento: el noble es el más digno y el más piadoso habitante de la república. Esta unión en grado sumo de *dignitas* y *pietas* que definirá a la nobleza desde la caída del Imperio Romano sintetizará a lo largo de la Edad Media las aportaciones seculares de la herencia clásica con las aportaciones germanistas (entre las que destacaría la idea de corresponsabilidad en el ejercicio del poder que irá perdiendo fuerza, pero no desaparecerá completamente, entre los teóricos absolutizadores de la Edad Moderna) y los planteamientos “correctores” del pensamiento teológico del cristianismo medieval que competirá/limitará los planteamientos estamentales nobiliarios heredados en un conflicto nunca resuelto aunque siempre soslayado. Tales elementos definitorios (o de identidad, en la terminología utilizada por el autor) de la nobleza no cambiarán sustancialmente, desde un punto de vista teórico, hasta la crisis de la “edad de la nobleza” en el siglo XVIII donde los planteamientos mesocráticos que pudiéramos denominar “burgueses” se presenten como una alternativa diferenciada y con posibilidades de triunfo desde un punto de vista de la ordenación social.

Este planteamiento de base, de profunda raigambre antropológica, trae consigo un problema que afecta de manera central al historiador y que puede plantearse en términos interrogativos: cómo introducir la variante tiempo en una estructura supuestamente tan estable. Y aquí es donde el autor se aplica con profusión interrogándose sobre la validez de las definiciones historiográficas sobre el ser noble, ampliando el número de fuentes definitorias de nobleza, desarrollando un estudio comparativo supraterritorial, analizando la autorrepresentación identitaria del estamento y aproximándose a un intento de explicación del porqué de esta identidad en relación con los mensajes de comunicación/imposición a los otros estamentos.

Lo primero que llama la atención en la lectura del trabajo es que la definición de nobleza no pase por los caminos trillados por la historiografía hispana, de la disputa entre armas y letras o las quejas por la compra de la calidad de noble. Para el autor estas diatribas se relacionan con uno de los conceptos básicos de la nobleza que es su calidad de servir al monarca y es este elemento de servidumbre, solo una parte de una posible definición, el central en estas disputas. Así, sin negar la existencia de estos debates, los sitúa como elementos colaterales en la propia idea central que no es otra que la de servidumbre teniendo en cuenta que ésta, como ya se ha dicho, sólo es uno, y para los propios nobles no el más importante aunque sí para los teóricos del absolutismo, de los elementos identitarios del estamento nobiliario.

Otro de los aspectos más destacados del libro será la ampliación de las fuentes de búsqueda. Aunque el autor maneja con soltura los principales tratados nobiliarios de la época no se conforma con estos textos en su labor definitoria sino que añade nuevos testimonios en dos direcciones bien determinadas: las reflexiones sobre el ser noble en los tratados genealógicos y heráldicos y las definiciones “prácticas” de la nobleza que puedan aportar los testimonios derivados de pesquisas de afirmación nobiliaria como son la consecución de hábitos nobiliarios tanto en Castilla como en Portugal. Serán estas últimas fuentes las más significativas en tanto que presentan el nivel más cercano a una posible percepción de lo que se entendía por noble en estratos sociales más amplios y extranobiliarios. Se observan así en ellas tanto fenómenos de persuasión como de coacción social sobre como la nobleza quería ser identificada a la vez que, a la contra, también se detectan elementos sociales definitorios de la nobleza que sobrepasan los mecanismos de control nobiliarios en cuanto a su representación social. Se pueden analizar así, como lleva a cabo el autor, tanto lo que la nobleza pretende mostrar como identitario como lo que el resto de la sociedad considera definitorio, lo que de hecho no coincide en la práctica.

El estudio comparativo entre los reinos de Castilla y Portugal resulta interesante no tanto en las posibles diferencias entre ambos reinos desde un punto de vista teórico –pues no existen tales en la común tradición cultural nobiliaria del mundo occidental (André Tiraqueau o Barthélemy de Chasseneux) y las transferencias culturales en ambos reinos de sus principales autores (Jerónimo Osorio y Juan Arce de Otálora) resulta un hecho conocido– como en la plasmación real de las prácticas de adquisición de la nobleza y de su repercusión social, lo que derivará en diferentes modos y estrategias de los protagonistas de estas adquisiciones.

La conclusión lógica del recorrido planteado por el autor será doble pues, por un lado, queda meridianamente claro que la definición del ser noble y todo su aparato identitario se pondrá en marcha desde la propia nobleza no tanto para delimitar las fronteras del estamento –elemento constantemente revisitado por la historiografía pero que no resulta central para la consideración social y nobiliar de la esencia de lo noble– como para presentar un modelo de vida (material e inmaterial) que se presente como el óptimo y al que solo puede aspirar una elite, mientras que, por otro lado, la recepción de tal modelo en el común, estudiado por el autor exclusivamente desde el punto de vista del emisor y controlador del mensaje, la propia nobleza, podría abrir nuevas vías de investigación si se partiese desde el punto de vista de la recepción del mensaje. Pero esto sería, sin duda, otro libro...

Manuel Amador GONZÁLEZ FUERTES  
Universidad Complutense de Madrid